

VIDA INTERIOR

© 2023 CAFH

Todos los derechos reservados

Dejo este trabajo a quienes se esfuerzan para ampliar su estado de conciencia y trabajar para el bien de todos los seres humanos.

J.W.

Marzo, 2.023

Indice

1. VIDA INTERIOR.....	4
2. LA ORACIÓN.....	8
3. EL EJERCICIO DE MEDITACIÓN EN LA VIDA ESPIRITUAL.....	11
4. EL EJERCICIO DE MEDITACIÓN Y EL ESTADO DE MEDITACIÓN...	13
5. DISCERNIMIENTO VOCACIONAL.....	15
6. LA MEDITACIÓN DISCURSIVA	17
7. LA MEDITACIÓN ACTIVA Y LA MEDITACIÓN PASIVA	20
8. DESVIACIONES ASCÉTICAS	23
9. RENUNCIA A LO SENSIBLE.....	25
10. LA ARIDEZ.....	28
11. EL EJERCICIO DE MEDITACIÓN Y EL AUTOCONOCIMIENTO	31
12. AMOR DE RENUNCIA.....	34
13. LA IMAGINACIÓN CREADORA	37
14. COMPROMISO DE VIDA	40
15. LA RENUNCIA EN EL MUNDO.....	42
16. LA IDEA DE LA RENUNCIA.....	45

VIDA INTERIOR

Primera Enseñanza

Al día de hoy tenemos que reconocer que, fuera de los fenómenos de la naturaleza que pueden ocasionarnos sufrimiento, los males que sufrimos los causamos nosotros mismos. Aún más, cuanto más adelantamos en conocimiento y capacidad, mayores son los sufrimientos que causamos y nos causamos. Si bien son muchos los que están trabajando para nuestro bien, esos muchos son una minúscula parte de la totalidad de la humanidad. Por eso, vale la pena mirar y, mejor aún, investigar en nosotros mismos para producir en nosotros lo que anhelamos para el mundo. En otras palabras, que si buscáramos en nuestro interior podríamos hallar la solución a nuestros problemas; esto es, desarrollar nuestra vida interior. Pero ¿qué es vida interior en realidad? ¿En qué consiste esa búsqueda y cómo realizarla? Lo cierto es que no todos sabemos cómo lograrla; cuando buscamos en nuestro interior nos encontramos a oscuras y desconcertados.

Algunos creen que vida interior es pensar mucho, autoanalizarse, investigar en sus problemas particulares, volver continuamente sobre sí mismos. Otros buscan la vida interior concentrando su voluntad en realizar sus propósitos o sus objetivos particulares. También hay quienes creen que vida interior es practicar ejercicios de meditación y oración en forma continua.

Es bueno meditar sobre las propias necesidades y contar con una firme voluntad para realizar nuestros propósitos; también es bueno practicar ejercicios de meditación y oración. Estas prácticas nos ayudan a desenvolvernos y, generalmente, forman parte de la ascética propia de la vida espiritual. Pero, en realidad, no son vida interior propiamente dicha.

Vida interior es, fundamentalmente, poner nuestros valores y principios espirituales por encima de otros valores que podamos tener; por ejemplo, los que se desprenden de lo que deseamos sólo para nosotros, sin tener en cuenta a la familia humana. Esta valorización de lo espiritual no es solo un enfoque mental, sino el sentido que damos a nuestra existencia al ubicarla dentro de parámetros que trascienden nuestra persona. Vida interior, en síntesis, es una actitud vital, total, que transforma nuestros actos en vida espiritual. Nuestros centros de interés se desplazan espontáneamente hacia un objetivo trascendente. Dejamos de dispersarnos interiormente en sentimientos y pensamientos que nos llevan de aquí para allí para orientar nuestra vida con una intención única, espiritual.

Vida interior, entonces, no se limita a ciertos movimientos de nuestra mente y de nuestro corazón; es nuestra disposición habitual, basada en un ideal espiritual.

La búsqueda de vida interior va unida a un saber profundo de poseer en nuestro interior, desde siempre, el bien que nos dará la plenitud interior que anhelamos. Es una conciencia de ser, un saber que toda conquista sólo será un redescubrimiento. En ese saber está la seguridad infusa de que llegaremos al fin que anhelamos, que cumpliremos nuestro destino.

Indudablemente, esta fe no es suficiente para que nuestra vida interior nos sea posible. Tampoco es suficiente que aceptemos el postulado de que los valores materiales son vanos y pasajeros. Una cosa es aceptar un postulado como bueno y otra, muy distinta, es regir nuestra vida por ese postulado.

El desafío que encontramos al querer desenvolvernos radica en armonizar lo que creemos ser con lo que realmente somos y con lo que anhelamos ser. Por eso, el principal esfuerzo en nuestra vida espiritual está dirigido a lograr una unidad entre lo que pensamos, sentimos y hacemos con lo que anhelamos realizar.

Desde el punto de vista ascético-místico, el grado de vida interior está dado por la profundidad de nuestro recogimiento habitual, de la claridad de nuestro discernimiento y de la amplitud de nuestro estado de conciencia.

Vida interior es, entonces, una autoconciencia progresiva y expansiva, el nuevo mundo que podemos descubrir y conquistar.

El primer paso hacia la vida interior es aprender a discernir qué es lo bueno no solo para nosotros, sino para todos; los pasos siguientes consisten en vivir de acuerdo con ese bien, hasta que ya no lo podemos diferenciar de nosotros mismos.

Vivir guiado por los valores más altos, identificarnos con lo bueno, nos evita el egoísmo que suele trabar nuestros intentos de expandir nuestra conciencia. Esto nos permite enfocar nuestra atención en los problemas fundamentales de nosotros como humanidad y en descubrir formas de superarlos. Además, nos ayuda a ubicar los diferentes aspectos de nuestra problemática personal dentro del gran contexto de la vida. Esto desvanece las

ilusiones que podamos tener y da lugar a la contemplación amorosa de la vida como expresión de la Divina Madre (la imagen femenina de Dios en su aspecto de Creador del Universo).

La vida interior es, entonces, una de las formas en que se expresa el proceso de expansión de nuestro estado de conciencia.

LA ORACIÓN

Segunda Enseñanza

La oración es un excelente medio ascético-místico para estimular nuestro desenvolvimiento espiritual.

La oración puede ser activa o pasiva, intelectual o devocional, vocalizada o mental. Es activa cuando la expresamos en nuestras labores para bien de otros. Es intelectual cuando nos apoyamos en nuestro intelecto para indagar en los misterios de la existencia. Es devocional cuando la expresamos a través de nuestros sentimientos.

La oración también puede ser vocalizada. Consiste en recitar salmos y oraciones, como también invocaciones, conversaciones con la Divina Madre o con quienes nos inspiran devoción.

También es bueno dedicar todos los días algún tiempo, aunque sean pocos minutos, a orar por objetivos nobles: paz en el mundo, alimento para los hambrientos, educación para los niños y los jóvenes, salud para los enfermos.

Otro aspecto importante de la oración es el de ayudarnos a lograr mantenernos en un silencio interior que nos libera de las autojustificaciones y de las imágenes de nosotros mismos que solemos crear.

Cuando procuramos hacer de la oración nuestro estado de vida nos encontramos ante la limitación de nuestro entendimiento; no podemos comprender totalmente la amplitud de nuestros estados interiores ni las fuerzas que se ponen en juego en nuestra

ascética-mística. Aprender las técnicas propias de los estados de oración nos ayuda a avanzar en ese sentido.

Por otra parte, tener presente nuestra vocación de desenvolvimiento es también un estado latente de oración interior. Desde este punto de vista, los ejercicios de oración son intentos conscientes para actualizar esa vocación, pequeños estímulos consecutivos que, en forma progresiva, la van actualizando en nuestro interior.

La oración nos conduce a estados espirituales cada vez más profundos, expande nuestros afectos y pensamientos, universaliza la base sobre la cual establecemos nuestra escala de valores y brinda al mundo pensamientos y sentimientos de bien y de amor.

Por otra parte, la oración infunde paz y seguridad en nosotros, también expande nuestra conciencia de ser y nos da la certeza de estar en nuestro camino, de saber que llegaremos a su fin.

Además, la oración genera en nosotros un estado interior de participación que, como nos lleva a vivir por encima de nuestra problemática personal, nos da una visión más universal de nuestra vida, nuestro trabajo y nuestra misión en el mundo.

En otras palabras, la oración nos enseña a comprender más allá de lo que nos dice nuestro intelecto, nos da el don de contemplar el misterio divino y la profundidad del corazón humano.

La oración nos ayuda a desarrollar paciencia y comprensión de los problemas humanos, como también a brindar al mundo paz, silencio y amor.

Sin embargo, aunque los ejercicios de oración puedan llevarnos a logros notables, no bastan para lograr verdadera vida interior; ésta no se alcanza sólo con una ascética de oración. Para lograrlo hemos de renunciar a nosotros mismos y ofrendar nuestra vida para bien de todos los seres humanos. Cuando lo hacemos, no nos ejercitamos únicamente en la oración sino también mantenemos nuestra intención, nuestra atención y nuestra actitud concentrada en nuestro ideal de unión con lo divino a través de nuestra participación integral con cada uno de los que formamos la familia humana.

EL EJERCICIO DE MEDITACIÓN EN LA VIDA ESPIRITUAL

Tercera Enseñanza

El ejercicio de meditación, practicado en forma regular y metódica, es un medio excelente para armonizar la vida activa con la contemplativa.

Además, el ejercicio de meditación nos ayuda a descubrir nuestra vocación y la manera de realizarla. También nos capacita para responder de la mejor manera posible en cualquier circunstancia y para desarrollar hábitos que estimulan nuestro desenvolvimiento interior. Por ejemplo, aprendemos a detener nuestras divagaciones para pensar antes de actuar, a preguntarnos si lo que estamos habituados a pensar, sentir o hacer es lo que realmente queremos pensar, sentir y hacer. Esto nos ayuda a reconocer cuándo nuestras palabras o actitudes son de comprensión y aceptación y cuándo reflejan nuestros prejuicios o egoísmos.

Estos hábitos nos llevan a centrarnos en nuestro interior aun en medio de intensa actividad.

La sensibilidad que logramos a través del ejercicio de meditación nos mueve a expresarla en nuestra vida diaria. Por ejemplo, tomamos en cuenta a los demás y a sus necesidades; tomamos conciencia de nuestros impulsos y aprendemos a dirigirlos. Cuando aparecen en nosotros impulsos primarios, el ejercicio de meditación nos ayuda a encauzarlos hacia pensamientos de bien, de ayuda, de comprensión, de aceptación.

El ejercicio de meditación también nos enseña a revisar nuestras opiniones y a profundizar nuestra fe. También nos ayuda a comprender que nuestras experiencias, por extraordinarias que sean, no son definitivas, cualquiera sea la importancia que, a nuestra opinión, pueda tener lo que hayamos logrado.

La meditación induce, en forma espontánea, a vivir aprendiendo de lo que va ocurriendo en nosotros, en los demás y en el conjunto de la familia humana. Esto hace que también nos sea espontáneo adelantar, paso a paso, en la senda de nuestro desenvolvimiento espiritual.

EL EJERCICIO DE MEDITACIÓN Y EL ESTADO DE MEDITACIÓN

Cuarta Enseñanza

Cuando nos identificamos con nuestras emociones, nuestros pensamientos y nuestras sensaciones nos resulta difícil comprender por qué pensamos, sentimos y actuamos como lo hacemos. Esta identificación no nos permite lograr que nuestra vida sea también un medio para realizar nuestra vocación de desenvolvimiento. Los ejercicios ascético-místicos nos ayudan para que podamos trabajar sobre los diferentes aspectos de nuestra vida para conocernos cada vez mejor y lograr mayor dominio sobre nuestro destino.

Por ejemplo, las oraciones mentales o vocalizadas, los ruegos, los ejercicios de meditación discursiva, actúan en el plano emocional. La meditación afectiva actúa además sobre el plano comprensivo e imaginativo a través de la fuerza del sentimiento. Es una técnica que nos permite conocer, cada vez mejor, a nuestra mente y a dirigirla.

Pero no siempre distinguimos la diferencia entre un ejercicio y un estado místico. Esto puede desorientarnos, ya que las dificultades que encontramos para efectuar los ejercicios de meditación pueden hacernos pensar que la mística está más allá de lo que podríamos lograr. No nos damos cuenta de que esas dificultades son naturales durante el tiempo en que aprendemos esos ejercicios. Si perseveramos en sus prácticas nos vamos conociendo cada vez mejor y logramos crear en nosotros mismos los

estímulos que nos sostienen y promueven nuestro desenvolvimiento espiritual.

Cuando comenzamos a practicar el ejercicio de meditación solemos experimentar dos estados mentales diferentes. Cuando los estamos haciendo, se aquietan nuestros movimientos mentales y emotivos; esto nos permite observar mejor los procesos que estamos viviendo. Al terminar el ejercicio se produce como un corte en nuestro interior; comienza nuestra vida diaria y volvemos a nuestro estado mental habitual. La oposición entre estos estados mentales diferentes nos genera el desafío de lograr que predomine en nosotros el estado mental que teníamos en la meditación.

Cuando nos habituamos a meditar, lo que comprendemos en esos momentos y los de la vida diaria se unifican cada vez más, hasta producir en nosotros un estado de meditación.

El ejercicio de meditación es, entonces, un medio que nos conduce hacia el estado de meditación. Al practicarlo con continuidad alcanzamos, en forma gradual, un estado mental simple y alerta. Esto desarrolla nuestra percepción y nuestro discernimiento, como también nuestra capacidad para comprender tanto lo que vivimos como lo que otros viven.

El simple hecho de que al comenzar los ejercicios de meditación nos ponemos interiormente ante la presencia de la Divina Madre nos hace sentir en mayor unión con Ella. Esos instantes nos permiten vislumbrar un estado de unión permanente y nos alientan a perseverar en esos ejercicios.

DISCERNIMIENTO VOCACIONAL

Quinta Enseñanza

A veces podemos decirnos que no podemos dedicarnos a nuestra vocación, aunque, en realidad, nos esforzamos para realizarla. Quizá, como encontramos dificultades y obstáculos en las demandas que nos impone la vida diaria, justificamos así nuestra falta de éxito en nuestros intentos para desenvolvernos. Esta actitud nos puede llevar a pensar que, si bien teóricamente la realización puede ser alcanzada por todos, son pocos los que pueden superar las dificultades casi insalvables que existen para quienes deben vivir en contacto permanente con la sociedad.

Es cierto que, cuando nos dejamos atrapar por valores mundanos y por la excesiva preocupación por nuestros problemas materiales, nos alejamos de la contemplación y de la búsqueda de lo divino. Sin embargo, si nos centramos en nuestra vocación, generamos en nuestro interior la fuerza necesaria para enfrentar las dificultades propias de la vida en cualquier medio en que nos encontremos.

Por eso, es bueno que recordemos que todo se nos hará difícil si, por separar la vocación espiritual de nuestra vida cotidiana, creamos dos estratos de experiencia paralelos, el de la vida "común" y el de la vida "espiritual".

Para estar en paz con nosotros mismos y desenvolvernos necesitamos definir y mantener la base sobre la cual sustentamos nuestra vida. No hay antagonismo entre desarrollar nuestra vocación y nuestra dedicación al trabajo, la sociedad, la familia. Al

contrario, nuestra vida diaria se transforma en una oración simple cuando, al mismo tiempo que cumplimos con todas nuestras obligaciones, nutrimos nuestro discernimiento con el valor de nuestra vocación espiritual.

Volvamos a recordar que anteponer deseos y ambiciones personales al anhelo de desenvolvimiento espiritual produce inestabilidad interior. Este es el verdadero origen de los conflictos y obstáculos que podamos encontrar para desenvolvernos. En cambio, anteponer la vocación espiritual a todo otro valor armoniza nuestra vida, ya que nos lleva a cumplir no sólo con nuestra vocación sino también con nuestra responsabilidad ante la sociedad, ante nuestra familia y ante nosotros mismos. La realización espiritual no es algo imposible de alcanzar; tampoco es exclusiva de algunas personas. No obstante, sólo la realizan aquellos que deciden tener como única base la vocación espiritual que da sentido trascendente a sus vidas.

Centrarnos en la vocación nos lleva a lograr un estado de oración simple que trasciende la oposición entre la vida espiritual y la vida del mundo.

A través de esta actitud asentamos nuestra vida en el buen discernimiento y en la responsabilidad ante nosotros mismos, nuestros allegados y la sociedad y, especialmente, en la fe en la Divina Madre; en otras palabras, en la fe en el destino trascendente de los seres humanos.

La oración simple y el esfuerzo por integrar la vocación con la vida diaria nos da la fuerza para cultivar esa fe, ese discernimiento y esa responsabilidad.

LA MEDITACIÓN DISCURSIVA

Sexta Enseñanza

La meditación discursiva es un diálogo libre entre nosotros con la Divina Madre y adquiere sentido espiritual cuando tenemos fe en lo divino; es decir, fe en una realidad que trasciende nuestra percepción, a la que dirigimos nuestra intención y nuestras súplicas. También puede ser un diálogo con lo más puro que hay en nosotros, basado en los principios éticos más altos que podamos tener en nuestra conciencia.

El ejercicio de meditación discursiva consta de tres pasos: invocación, silencio y respuesta.

En la invocación apelamos a nuestros mejores sentimientos y tratamos de activar estratos profundos en nuestro interior. Aunque podamos imaginar que la divinidad está fuera de nosotros, en realidad la buscamos en las profundidades de nuestra noción de ser y existir.

La invocación nos produce una apertura interior; nos ponemos a los pies de la Divina Madre tal cual somos y abrimos nuestra conciencia sin temores, sin justificativos, sin juicios.

La invocación es como una flecha lanzada hacia nuestra realidad interior. Es un excelente medio para conocernos, aceptarnos y descubrir a la Divina Madre en nuestro corazón.

En la meditación discursiva no tiene que importarnos repetir varias veces las mismas palabras; al contrario, esa repetición

carga con fuerza nuestra voluntad, aunque solo sea por la sugestión producida por la repetición de palabras.

El período de silencio consiste en quedarnos en actitud receptiva, a la espera de una respuesta. Nuestro interior permanece quieto, como si presintiéramos en forma cada vez más íntima la presencia de la Divina Madre. Poco a poco nos acostumbramos a mantenernos ante esa presencia sin desear nada, sin esperar nada, simplemente abriéndonos interiormente. Tenemos a la Divina Madre como testigo de nuestra realidad interior, una realidad que todavía no conocemos en su totalidad.

Durante el período de silencio hemos de quedarnos quietos interiormente, sin juzgarnos ni imaginar respuestas.

El silencio tiene un gran valor místico. Al acallar los movimientos habituales de los diálogos con nosotros mismos, al terminar de soñar despiertos, evocando nuestros apetitos y deseos, aprendemos a escuchar nuestra propia voz, la voz de nuestra vocación y de los altos principios que pretendemos tener en nuestras vidas.

Cuando en la invocación nos abrimos totalmente a la Divina Madre, cuando nos ponemos a sus pies sin esperar nada y sin juzgarnos a nosotros mismos, cuando en el silencio logramos acallar las voces de nuestros compuestos, la respuesta que recibimos nace en lo más elevado de nosotros mismos.

Resumiendo, podríamos decir que:

La invocación de la meditación discursiva es un *buscar* en las profundidades de nuestra conciencia respuestas a las preguntas fundamentales: ¿Quién soy?, ¿A dónde voy?, ¿Qué quiero ser?,

¿Qué me impulsa en la vida? Es imperativo no juzgarnos, sino profundizar en lo que descubrimos.

El silencio es un abrirnos al *conocimiento* que se revela desde nuestro interior.

La respuesta es *discernir* qué deberíamos hacer con ese conocimiento, qué orientación queremos dar a nuestra vida y a cada paso que damos en ella.

La meditación discursiva es buscar, conocer y discernir cuál es la voz de la Divina Madre que habla en nuestra conciencia y dejarnos guiar por ella, o por lo que percibimos como trascendente en nosotros mismos.

LA MEDITACIÓN ACTIVA Y LA MEDITACIÓN PASIVA

Séptima Enseñanza

El ejercicio de meditación activo es un movimiento de dentro hacia afuera de nosotros. Al practicarlo, tenemos sentimientos profundos; conceptualizamos entonces ese sentir y lo determinamos en una imagen que vivimos y comprendemos.

El ejercicio de meditación pasivo, en cambio, es un movimiento de afuera hacia nuestro interior. Nos apoyamos en un símbolo, ya sea una palabra, una imagen, un concepto, para iniciar una búsqueda interior. Profundizamos en esa idea como si nos com-penetráramos en ella, hasta ser la idea misma.

El ejercicio de meditación activo es un trabajo sobre un estado mental o afectivo, a partir del conocimiento que tenemos de nosotros mismos.

El ejercicio de meditación pasivo es un esfuerzo para llegar a un estado de conciencia profundo; parte de la simbología y de la representación convencional del sentimiento y el pensamiento, apoyado en un lenguaje simple. Es decir, se apoya en las interpretaciones que hacen la simbología y las tradiciones acerca de las imágenes en las que nos apoyamos en esta meditación.

Efectuamos un ejercicio de meditación pasivo cuando lo hacemos con mayor lentitud y utilizamos menos imágenes y palabras que en el ejercicio activo. Sin embargo, la lentitud del ejercicio no garantiza que sea pasivo; la meditación se vuelve naturalmente pasiva cuando responde a nuestro estado interior de recogimiento.

En el ejercicio pasivo creamos una imagen y la fortalecemos centrándonos en ella por repetir, en forma pausada, las palabras que la describen. Para lograrlo, evitamos racionalizar la idea que implica la imagen sobre la que nos apoyamos. Esta concentración nos induce a una oración cada vez más simple y, poco a poco, a un estado más profundo de meditación.

Podemos encontrar algunas dificultades al practicar el ejercicio pasivo. Por ejemplo, confundir la práctica más lenta del ejercicio con el efecto producido por nuestra introspección cuando fijamos la mente en una idea. Si bien repetir lentamente las palabras nos ayuda a concentrarnos en una idea, la lentitud es el efecto y no la causa del ejercicio pasivo.

Pero lo cierto es que no podemos llegar de un salto a concentrar la mente en una sola idea, una sola imagen. Por eso, necesitamos practicar asiduamente el ejercicio de meditación activo para lograr un cierto grado de concentración mental que nos permita sostener y profundizar en una idea.

Esforzarnos en fijar la atención en una imagen interior no determinada, usando cuadros subjetivos, nos induce a lograr una comprensión pasiva, casi no racional. De esta forma podemos lograr que el ejercicio, en forma natural y paulatina, se haga más pausado. Las palabras son, entonces, reflejo de un estado profundo de meditación.

El ejercicio de meditación pasivo simplifica gradualmente nuestra oración, haciéndola converger en una idea única, un sentimiento único. Ya no buscamos, como resultado, un estado emocional determinado ni una consecuencia ya fijada. Tampoco

pretendemos experimentar estados sensibles, sino profundidad, silencio interior, recogimiento.

El recogimiento es un estado simple; descansa en nuestra conciencia de ser. Cuando, inmóviles en nuestro centro interior, simplificamos cada paso del ejercicio, logramos hacer de la meditación un estado simple. La meditación se transforma así, poco a poco, en una concentración subjetiva profunda y espontánea, verdadera oración que absorbe la totalidad de lo que somos.

Por otra parte, aplicar nuestra voluntad para lograr una gradual pasividad en el ejercicio de meditación nos facilita la entrada a la meditación pasiva. También puede llegar el momento en que la oración surja en nosotros como una necesidad profunda y se haga espontáneamente subjetiva. En ese momento nuestro ejercicio activo se hace pasivo.

Lo cierto es que, aunque no conozcamos la técnica del ejercicio pasivo, a veces meditamos pasivamente por una necesidad interior, sin darnos cuenta de que lo estamos haciendo. Sin embargo, aunque la Divina Madre nos lleve de la mano en la oración, es preciso que conozcamos y experimentemos la técnica del ejercicio pasivo, ya que éste marca el comienzo de la vía iluminativa.

DESVIACIONES ASCÉTICAS

Octava Enseñanza

Es fácil confundir la mística con los resultados contingentes de la ascética. La desviación más frecuente en el camino ascético-místico es hacer de la ascética un fin en sí mismo.

La ascética tiene por objeto predisponernos, en forma paulatina, para la unión con Dios; al mismo tiempo, produce en nosotros efectos secundarios. En realidad, todos los actos que realizamos producen resultados secundarios que repercuten en la totalidad de lo que somos, tanto en sus efectos físicos como en los mentales y los espirituales. Pero, como esos efectos no son permanentes, no implican una verdadera realización. Por eso es importante que no confundamos los frutos de nuestra vida consagrada al bien de todos los seres con los estados sensibles que podemos lograr al practicar ciertos ejercicios ascéticos.

Cuando, a través de nuestras prácticas ascéticas logramos experiencias sobrenaturales, es natural que deseemos repetirlos. Esta repetición es buena hasta que dominamos esas técnicas; pero si insistimos en buscar gratificarnos en forma sensible quitamos valor a nuestra ascética.

Esto no niega la realidad de los efectos secundarios que resultan de la ascesis, pero hay que tener presente que su valor es relativo a los ejercicios que los producen. Muchas veces quedamos atrapados por el brillo de los resultados inmediatos que logramos con nuestra ascética, porque son más asequibles y atractivos que el estado interior de renuncia. Este estado implica

mantener nuestro esfuerzo para desenvolver nuestro estado de conciencia a través de una responsabilidad creciente, la ofrenda de nuestra vida y el olvido de nosotros mismos.

Cuando nuestra expansión interior resulta de una expansión de nuestro estado de conciencia no ocurre sólo al nivel de nuestro intelecto o de nuestras sensaciones; quienes la logran viven realmente unidos a todos los seres, y esa unión se percibe en sus respuestas ante el medio, ante las necesidades de los demás, ante lo divino. Cuando comprenden algo, esa comprensión abarca toda su vida y la compromete totalmente. Esa comprensión también se expresa en una respuesta concreta a las necesidades y posibilidades de los demás.

Un alto grado de empatía y unión interior con todos los seres es el sendero hacia la unión con la Divina Madre. Ese estado es simple y se expresa en una plenitud interior profundísima, como también irradiante y expansiva. Si bien este estado es oscuro para la mente humana, produce efectos inconfundibles en quienes lo viven.

RENUNCIA A LO SENSIBLE

Novena Enseñanza

En el proceso de expansión de la conciencia, la renuncia a lo sensible no sólo es necesaria sino imprescindible para hacer de la ascética un instrumento de desenvolvimiento y no un fin en sí misma. Esta ascética, como la oración, se sustenta en la vocación de renuncia, en la que no tiene cabida la gratificación personal.

Denominamos estados sensibles espirituales a los estados de meditación o contemplación que nos producen vivencias emocionales que, por su profundidad, nos llevan a aquietarnos interiormente hasta lograr una paz indefinida, como si nuestro interior estuviera inmóvil y nuestra mente inactiva. Por eso, nos resulta fácil imaginar que esta quietud es mística.

Los estados sensibles producen hermosas experiencias, pero no conducen a un verdadero estado de participación con los demás y con todo. Para lograr este estado hemos de trabajar sobre nuestra sensibilidad. Cuando renunciamos a buscar gratificaciones sensibles, nuestra oración es un estado de participación que nos mueve a vivir en función de las necesidades de los demás.

Conviene reconocer, entonces, que solemos buscar la contemplación por los estados sensibles que puede proporcionarnos, como también que, para llegar a la unión con la Divina Madre, es preciso renunciar a la búsqueda de gratificaciones emocionales. Y que esta etapa, que llamamos purgativa, ha de prolongarse tanto cuanto sea necesario para purificar la sensibilidad.

Purificar la sensibilidad no es sólo transmutar la emotividad más grosera, o renunciar a consuelos y satisfacciones; es sublimar los afectos del corazón. Aprendemos así a salir del mundo limitado de nuestras emociones y a encontrar el amor en el servicio a los demás, en participación con sus dolores y alegrías.

Por otra parte, cuando se nos habla de renunciar a los estados sensibles solemos temer que, si no los tuviéramos, perderíamos el impulso necesario para continuar con nuestras prácticas ascéticas. Podemos sentir que sin nuestros estímulos sensibles no tendríamos fuerzas para llevar a cabo una vida de renuncia, que vivir sin esos apoyos emotivos sería como morir, o como vivir suspendidos en el vacío. Sería, verdaderamente, "quitar a la casa su sostén". Es cierto que la esperanza de alcanzar plenitud es un sostén de la existencia, pero si bien es bueno nutrir esa esperanza, tenemos que discernir las emociones exacerbadas de la plenitud del estado de participación.

Por eso, es necesario no confundir la renuncia sensible con la falta de afectividad, o con no sentir atracción por nada. Si nos apoyáramos solo en nuestra afectividad, no sentirla podría llevarnos a estados dolorosos y depresivos; en cambio, cuando renunciamos a tener exaltaciones sensibles nace en nosotros el deseo de asistir, de ayudar, de amar cada vez con mayor plenitud.

Los estados sensibles espirituales ocasionan un gran gasto de energía; por ello, se alternan con períodos de insensibilidad. Como no nos es posible mantenernos durante largo tiempo en la cima de nuestras emociones, es natural que luego tengamos un estado de aridez interior. Podemos llegar a sufrir mucho en

esta etapa, por creer que hemos perdido nuestro bien interior. Si bien esta aridez puede prolongarse por algún tiempo, nos ayuda a purificar nuestra sensibilidad.

Sólo una fuerza más poderosa que los movimientos emotivos nos puede dar estabilidad interior. A través de la aridez interior podemos vencer los vaivenes emocionales, como si la mano de la Divina Madre, más allá de los sentires, nos llevara hacia Ella a través de nuestra renuncia.

LA ARIDEZ

Décima Enseñanza

En el proceso de desenvolvimiento espiritual podemos experimentar dos tipos de aridez: la aridez sensible y la aridez espiritual.

Experimentamos aridez sensible cuando nos desanimamos por no lograr gratificación emocional en nuestra relación con lo divino; es decir, cuando solo anhelamos consuelo, gozo o algún favor celestial. Este tipo de aridez nos hace difícil perseverar en nuestras prácticas ascéticas. Pero la aridez que experimentamos es realmente espiritual cuando, por habernos comprometido con nuestra vocación de renuncia, no apoyamos nuestra oración en la esperanza de logros sensibles.

Todos podemos sentir alguna vez, aunque sea por un solo instante, la cercanía divina. Pero si buscáramos repetir esa experiencia en nuestros ejercicios ascéticos sin poder lograrla, especialmente en el de meditación, podríamos tener un estado de aridez que suele expresarse como tristeza, falta de estímulo, desgano, sufrimiento.

Hay algunos factores que, si bien son ajenos a los ejercicios ascéticos, pueden afectar nuestro esfuerzo para realizarlos. Por ejemplo, la falta de continuidad en la práctica del ejercicio de meditación o haber elegido un lugar inadecuado para realizar esta y otras prácticas ascéticas provocan estados de aridez sensible.

Cuando dejamos de practicar el ejercicio de meditación durante un cierto tiempo, necesitamos hacer un gran esfuerzo para retomarlo y apoyarnos solo en nuestra voluntad, generalmente exenta del estímulo de las sensaciones.

También es posible que sintamos cansancio físico o mental al realizar el ejercicio de meditación. En estos casos, elegir un momento adecuado para meditar nos puede ayudar a tener mejor disposición para efectuarlo. Por eso, es conveniente que el ejercicio de meditación sea una de las primeras actividades de nuestros días. Esto evita el cansancio o el estar demasiado imbuido en situaciones que nos impiden concentrarnos en la meditación.

Otro factor a tener en cuenta es el tipo de trabajo o actividad habitual que se realiza en nuestro entorno. Si no contamos con un ambiente de paz y tranquilidad, es posible que no logremos concentrarnos y, en consecuencia, que nuestros sentimientos no afloren con facilidad. En estos casos, el tiempo de la meditación puede convertirse en un momento de sufrimiento en vez de ser de plenitud y riqueza interior.

Aun cuando no podamos concentrarnos en el ejercicio cuando estamos en esas situaciones, es conveniente que continuemos esforzándonos para lograrlo, aunque no nos responda nuestra mente o nuestros sentimientos. En estos casos el ejercicio consiste en el esfuerzo para superarnos.

Al comenzar nuestro camino de desenvolvimiento interior y realizar un trabajo sobre nosotros mismos, despertamos en nosotros una fuerza que nos impulsa a ampliar nuestra conciencia y a sobreponernos a la tiranía de nuestros deseos. Esta lucha nos puede hacer sentir que estamos logrando algo. Pero el tiempo

gasta esta capacidad de respuesta sensible y quedamos solos frente a nuestra realidad y al esfuerzo por superarla. Si estuviéramos identificados con nuestro sentir viviríamos ese estado como una aridez sensible.

Mientras hay apego a los estados sensibles la aridez es una experiencia dolorosa en quienes esperan adelantar en su desenvolvimiento. Pero cuando la oración es de renuncia, la aridez espiritual es su resultado natural y está iluminada por instantes de contemplación que se experimentan como un vacío interior libre de sensaciones y un profundo recogimiento que lleva a vivir por encima de recompensas sensibles.

Cuando la oración se establece en un nivel de participación, al que no llegan las aguas de los deseos ni del instinto, se experimenta la libertad de saber y de ser. En este estado el único sostén es la fe. No es necesario el estímulo de las emociones placenteras para quienes buscan sólo la sabiduría que proviene de un estado de conciencia trascendente.

EL EJERCICIO DE MEDITACIÓN Y EL AUTOCONOCIMIENTO

Decimoprimera Enseñanza

Conocernos a nosotros mismos nos ayuda a mantenernos en el campo de nuestro trabajo espiritual; esta estabilidad interior estimula nuestro desenvolvimiento y nos induce a participar con todo y con todos. Los ejercicios de meditación nos ayudan en ese sentido cuando somos suficientemente sinceros con nosotros mismos como para ver en forma tersa lo que nos sucede, lo que sentimos, lo que pensamos y la intención que nos anima a hacer lo que hacemos. Saber con claridad cómo funcionamos es indispensable para poder aceptarnos y ampliar nuestro estado de conciencia.

En otras palabras, saber cómo funcionamos y aceptarnos tal cual somos es una condición indispensable para que tengamos alguna posibilidad de cambio fructífero.

Cuando no nos conocemos bien hay en nosotros una lucha entre pares de opuestos —amor y odio; generosidad y mezquindad; solidaridad y egoísmo—. También estamos movidos por emociones, algunas veces fuertes y otras pasajeras; especialmente, por el ansia de ganar o sobresalir que se interpone en nuestro deseo de participar y servir. Cuando reconocemos esta ambivalencia puede ocurrir que, por una parte, consideremos a nuestras malas tendencias como enemigos nuestros y que, por otra, nos apoyemos en nuestras virtudes para sentirnos por encima de los demás. Al centrarnos demasiado en nuestra problemática

personal no podemos tener una visión objetiva ni de nuestros estados interiores ni de nuestra propia realidad. Nos mantenemos a oscuras respecto de nosotros mismos.

Es bueno tener presente que, por el solo hecho de trabajar en nuestro desenvolvimiento, podemos imaginar que somos diferentes de los demás, que nos hemos espiritualizado, como también que ya sabemos bien cómo somos. Si cubrimos nuestra ignorancia con una nueva personalidad espiritual, trasladamos nuestros problemas a capas más profundas; o los negamos para evitar que entren en conflicto con la imagen ideal que podemos hacer de nosotros mismos. En vez de vernos tal como somos, quizá nos vemos como imaginamos ser. Esta ilusión puede desconectarnos de nuestra realidad. Por eso, es importante que, al principio del camino, desarrollemos la simplicidad y la humildad necesarias para poder, poco a poco, conocernos a nosotros mismos. La práctica de ejercicios de meditación nos lleva a lograrlo.

Cuando practicamos meditación discursiva, en la invocación nos ponemos a los pies de la Divina Madre sin explicarnos, compararnos, justificarnos ni juzgarnos. Durante el tiempo de silencio permanecemos expectantes. En la respuesta recibimos, desde lo profundo de nuestra conciencia, lo que necesitamos para conocernos mejor a nosotros mismos y aceptar lo que descubrimos por ello. De esta manera, hacemos de nosotros mismos un medio para nuestro desenvolvimiento.

En la meditación afectiva aprendemos cómo opera nuestra mente y nuestra emotividad y, también, cómo orientar la fuerza del pensamiento y de la emoción para poder realizar nuestra vocación.

Los ejercicios de meditación no solamente brindan autoconocimiento. También hacen efectivo nuestro anhelo de trabajar para un mundo mejor. Aprendemos a trabajar sobre nuestras limitaciones y condicionamientos, como también a generar sentimientos y pensamientos nobles. Este trabajo sobre nosotros mismos es prenda segura de bien para los demás.

A través del autoconocimiento, de la aceptación de nosotros mismos y de la fidelidad a nuestra vocación podemos, paso a paso, transformar para bien nuestra vida, la de la sociedad y la del mundo.

AMOR DE RENUNCIA

Decimosegunda Enseñanza

La palabra amor tiene muchas connotaciones. Es común llamar amor a un sentimiento que puede desvanecerse con el tiempo y los cambios. También solemos llamar amor a nuestros movimientos instintivos y pasionales, al compañerismo y a la amistad. Asimismo, llamamos amor al anhelo interior de plenitud y libertad espiritual. Esto puede inducirnos a buscar en lo pasajero un sentimiento de amor que dé significado a nuestras vidas, y a defraudarnos si no lo conseguimos. Es bueno que comprendamos que no podremos lograr plenitud interior con sentimientos que se desgastan con el tiempo y los cambios.

Especialmente, necesitamos comprender que el camino del amor es un camino de renuncia.

Si deseamos aprender a amar mejor hemos de trabajar en nosotros mismos para expandir nuestro estado de conciencia y abarcar con nuestro amor, poco a poco, a todos los seres humanos y, por qué no, a la realidad que sabemos existe. La vía para hacerlo es el camino de la renuncia. Amar a otros nos exige dejar de pensar solo en nosotros mismos, como si fuéramos el centro de la vida y el mundo. En otras palabras, nos exige comenzar a renunciar a nosotros mismos y a terminar de vivir como si tuviéramos libertad para actuar, sentir y hacer lo que se nos ocurra.

Cuanto más amamos, más renunciamos a nosotros mismos; cuanto más renunciamos, más ampliamos nuestro amor:

tomamos obligaciones, asumimos compromisos y, antes de actuar, tomamos en cuenta lo que otros puedan necesitar de nosotros. Este amor impulsa nuestro propio desenvolvimiento y estimula el de aquellos que cubrimos con nuestro amor.

Expandir nuestro amor nos mueve a trabajar en nuestro desenvolvimiento en forma efectiva. En nuestro interior, nos aplicamos en lograr suficiente dominio sobre nosotros mismos para poder reconocer nuestra individualidad; en lo exterior, expresamos nuestro amor en atención y servicio a los demás.

El amor que se basa en nuestra renuncia nos induce a reservar nuestra energía para contar con ella para lo que podemos hacer para bien de los demás. Además, no disipamos nuestra energía mental, para poder concentrarla en pensamientos y obras de bien para el mundo.

La actitud de servicio nos ayuda a reconocer nuestro verdadero entorno: la humanidad. En nuestra conciencia, dejamos de ser el centro de un minúsculo mundo para ser solo uno entre todos los que formamos la familia humana. Esta nos ayuda a desarrollar profunda empatía con cualquier persona, cualesquiera sean sus ideas y sus circunstancias.

El amor que es fruto de la renuncia no produce en nosotros experiencias sensibles. Es, más bien, una vivencia de estar unidos con todos los seres y que, al mismo tiempo, genera un profundo silencio en nuestro interior. Este amor, siempre presente en nosotros se expresa, por un lado, en asistencia a quienes pueden necesitarla; por otro, en recogimiento y oración. Esta oración no se gasta en palabras ni en sensaciones y se transforma, poco a poco, en una conciencia espiritual cada vez más plena y total.

Para poder lograr ese estado interior es bueno que recordemos que, cuando oramos, y especialmente cuando meditamos, no hemos de tratar de repetir algún estado sensible que podríamos haber tenido alguna vez, sino ir hacia nuestro interior con palabras y pensamientos muy simples, cada vez más hacia el silencio insondable del corazón, para escuchar allí la voz de la Divina Madre, que habla en silencio.

El amor, fruto de la renuncia, nos mueve a ofrendarnos sin esperar nada, sin ansiar nada, y hace de nuestro corazón la morada de la Divina Madre.

LA IMAGINACIÓN CREADORA

Decimotercera Enseñanza

Uno de los aspectos más hermosos de la labor que podemos hacer es trabajar por un mundo mejor. Para que ese mundo se haga realidad hay que crearlo con la imaginación y sostenerlo como posibilidad con la fuerza del pensamiento puro y del sentimiento noble.

Los orientalistas dicen que uno es lo que piensa. El pensamiento sostenido tiende no solo a transformarlo a uno sino también a materializarse en el mundo.

La responsabilidad de quien renuncia es inmensa; su vocación lo lleva a crear bases ideativas para el mundo del futuro.

¿Qué hacer para ponerse a la altura de esta responsabilidad?

Ninguna práctica ni ningún ejercicio, aisladamente, puede fomentar este tipo de imaginación creadora. Es por ello que hace falta el esfuerzo total de las prácticas ascético-místicas.

La imaginación creadora necesita de una mente abierta a lo nuevo, como también libre de prejuicios, de ideas hechas, de sentimientos egoístas.

Esta actitud de apertura presupone un intenso trabajo de purificación y liberación interior.

Es muy fácil soñar con un mundo sin hambre, sin violencia, sin egoísmo. Pero para que el mundo realmente cambie hace falta más que soñar con una situación ideal. Es preciso desarrollar pureza y fuerza interior para imaginar los medios que lleven a

ese mundo ideal. Luego hay que usar esos medios para transformar ese ideal en realidad.

Por ejemplo, para responder al sueño de un mundo sin hambre, uno ha de imaginar la manera de producir más, de consumir sólo lo que realmente necesita y generar excedentes que otros puedan aprovechar. Esto presupone tanto gran capacidad de trabajo, discernimiento y control de las propias necesidades, como creatividad para mejorar los medios de producción.

Para responder al sueño de un mundo de paz uno tiene que imaginar relaciones que conduzcan a la paz y al amor entre los seres humanos. Y practicar esas relaciones que imagina, evaluarlas y mejorarlas.

Se cuenta con ejemplos esclarecedores de quienes usaron su imaginación creadora para responder a necesidades acuciantes de los seres humanos.

Gandhi imaginó la forma de aplicar la idea de no violencia para liberar a la India del dominio inglés. Luego la experimentó en sí mismo, la enseñó y la practicó en su acción social.

Florence Nightingale, respondiendo a la dramática necesidad de atención médica de los soldados en Crimea imaginó, dio forma y concretó con su trabajo y ejemplo una nueva profesión, la enfermería.

Albert Schweitzer usó su imaginación creadora para financiar y responder él mismo, como médico, a las necesidades de salud de poblaciones del África.

Teresa de Lisieux, con su gran simplicidad y sabiduría, ideó un camino místico que cualquier persona, sin dotes extraordinarias, puede realizar.

Martin Luther King soñó con la igualdad de todos los seres humanos y, basándose en la idea de no violencia de Gandhi, encontró los medios para transmitir su ideal a millones de personas y las impulsó a llevarlo a la práctica. Su famoso discurso "Tengo un sueño..." es la inspiración y el camino que todavía hoy conmueve y mueve hacia ese noble ideal. Y seguramente seguirá inspirando a incontables seres en el futuro.

La imaginación se hace creadora cuando, a través de la fidelidad a la propia vocación, purifica nuestros pensamientos y sentimientos, y con una ofrenda concreta lleva nuestros sueños a la realidad cotidiana.

COMPROMISO DE VIDA

Decimocuarta Enseñanza

El camino de Cafh se realiza a través de la Ascética de la Renuncia y de la Mística del Corazón.

La Ascética de la Renuncia nos da un método de vida para que logremos el conocimiento de nosotros mismos. La Mística del Corazón nos brinda el marco de referencia universal —presencia, participación, universalización de la conciencia— para que comprendamos nuestra experiencia y logremos la unión con la Divina Madre.

¿Cómo se establece el puente entre la Ascética de la Renuncia y la Mística del Corazón? Es decir, ¿cómo se llega de una experiencia individual a una comprensión universal?

La integración de la ascética y de la mística se da por el reconocimiento de nuestra vocación de desenvolvimiento y por nuestro compromiso de cumplir esa vocación.

La ascética que Cafh nos da es un sistema orgánico de normas que, para dar el resultado esperado —el conocimiento de nosotros mismos— se practica como sistema y no como normas aisladas —algunas sí, algunas no; a veces sí, a veces no—. Por eso la ascética se presenta como un método de vida. La ascética, entonces, no es algo que se adiciona a nuestra vida corriente sino es la forma en que cada uno vive.

La mística que nos brinda Cafh es una hipótesis de trabajo en la forma de una visión universal de la realidad. Es hipótesis porque

Cafh nos indica que ha de ser experimentada y corroborada por nuestra propia experiencia. De esta manera, las ideas se transforman en conocimiento propio.

No se necesita tiempo extra para practicar la ascética. La vida cotidiana es nuestro campo de trabajo, con sus dolores y sus alegrías, sus éxitos y sus fracasos, sus luces y sus sombras. Cada minuto del día abre incontables posibilidades cuando estamos abiertos al conocimiento de nosotros mismos.

Es por ello que se dice que la ascética se enraíza en nuestra vida como un todo orgánico, y es por ello que también decimos que la visión mística se experimenta y se corrobora.

No es necesario correr tras ideas novedosas para realizar la mística, sino ser fiel al compromiso que cada uno toma; cuando esto ocurre, la renuncia se le aparece transparente y cristalina, como la luz que da sentido y enmarca la experiencia humana. La transparencia de esta ley revela y aclara los incontables matices con que nuestro pensamiento capta la realidad, de la misma manera en que el arco iris revela los colores del espectro de luz.

El compromiso de quien renuncia transforma su vida en un laboratorio de experimentación y actualización de las posibilidades reales del ser humano y, de este modo, universaliza sus experiencias hasta unirse a todos los seres, al mundo, a la Divina Madre.

LA RENUNCIA EN EL MUNDO

Decimoquinta Enseñanza

El trabajo que realizan en el mundo quienes renuncian es de un alcance extraordinario. Cada actitud, cada comprensión que amplía el modo de percibir la realidad, cada esfuerzo realizado en bien de todos es una fuerza espiritual que se expande tanto como la pureza de la intención que la anima.

El mundo necesita de quienes quieran ofrendar sus vidas para transmutar la violencia en amor, la separatividad en participación, la ignorancia en discernimiento, el hedonismo materialista en realizaciones que puedan resolver los males del mundo.

Quien renuncia concreta esa posibilidad de transmutación a través de sus realizaciones. Para ello trabaja consciente y deliberadamente sobre sí mismo, realizando en su propia vida lo que quiere brindar al mundo.

Quien renuncia es la enseñanza viva de Cafh. Su adhesión a la idea de la renuncia se respalda en su esfuerzo evidente para desenvolverse. Su empeño en crear nuevos campos de posibilidades alienta la esperanza, porque prueba la factibilidad de un mundo mejor.

Quien renuncia se ofrenda en el medio en donde se encuentre sin distinción de credos, de razas ni de ninguna otra índole. La diversidad de los grupos humanos a los que se integra hace posible que pueda expresar su amor, su comprensión y su generosidad a toda la humanidad. Aquellos que tiene cerca representan a la humanidad toda; se brinda a ellos con el mismo entusiasmo,

dedicación y esmero de su trabajo sobre sus propias dificultades o las de su familia. De esta manera, el Mensaje de la Renuncia llega efectivamente a la humanidad y la vida de quien renuncia espeja sus convicciones.

Si bien el camino de la renuncia es el mismo para todos los miembros de Cafh, la elección del modo de vida que adopta cada uno ha de ser materia de profunda meditación. Cada uno decide si vive su vocación en familia o sin ella, o si se consagra totalmente a su vocación a través de la Ordenación.

La familia es un medio apropiado para mostrar que el amor desinteresado, la aceptación, la armonía, el esfuerzo compartido, son posibles cuando un grupo de seres unidos por lazos de sangre decide vivir espiritualmente.

Quien elige vivir en el mundo sin formar una familia tiene una responsabilidad aún mayor ante la sociedad; usa su gran excedente de energía, tiempo y recursos en lo que demande la Obra de Cafh.

Quienes se consagran a través de la Ordenación saben que sus vidas pertenecen a todos los seres. Y su renunciación a sí mismos da testimonio de ello.

A pesar de que existen estas opciones para que cada uno realice su vocación en el medio que más los favorezca, su ofrenda no hace diferencia entre vida en el mundo o fuera del mundo. Lo que vale es el compromiso, la responsabilidad, la dedicación y el empeño en llevar adelante su misión.

La humanidad necesita de seres simples, humildes y llanos que demuestren con su vida la posibilidad de desenvolverse.

Necesita de seres con alegría de vivir porque hay armonía en sus relaciones, porque tienen una actitud libre y abierta, pronta para comprender sin juzgar, para aceptar sin discriminar; seres que evidencian su compasión con obras de bien que dan soluciones evidentes a los problemas que afectan al mundo y a quienes viven en él.

LA IDEA DE LA RENUNCIA

Decimosexta Enseñanza

Todo en el mundo es devenir. Todo lo que transcurre dentro del parámetro tiempo nace y muere. Esta condición efímera de la realidad aparente podría llevar a creer en un relativismo materialista, donde lo que vale es la satisfacción del momento, la gratificación, sin pensar en el mañana.

Una de las labores necesarias es demostrar que lo transitorio es el escenario donde los seres humanos hacen sus experiencias para descubrir y centrarse en lo permanente: la participación.

La participación es la manifestación de la ley de la renuncia en el marco de lo transitorio. Este mundo no se asienta sobre la transitoriedad, se asienta sobre el bien permanente de la renuncia. Prueba de que esto es así es que la vida en participación es lo único que trae bienestar y felicidad sobre la tierra. Y esto es algo que debe quedar bien claro para quienes quieran descubrir el significado de la experiencia humana.

Es esta idea eterna lo que se ha de buscar, descubrir y transmitir. El primer paso para hacerlo es esforzarse para que lo que cada uno hace, dice y piensa refleje siempre su más alto ideal; que mire su propia vida y todo lo circundante con los ojos puestos en la Divina Madre.

Esto parece fácil, a primera vista. Pero es la tarea ardua y difícil que acometen los que están dispuestos a vivir en total honestidad consigo mismos y con la eternidad como marco de referencia.

Quien vive la renuncia la entiende como ley. Esto significa que descarta de su vida toda idea de relativismo moral, social o de cualquier índole. Para él o ella vale lo permanente. Esto es lo que elige y lo que ejemplifica.

Esto implica orientar los actos según una sola intención: la participación. Es decir, hacer prevalecer las necesidades de los demás sobre las propias; desterrar de la mente la discriminación y los prejuicios; adecuar las decisiones al gran marco de la realidad que percibimos. Y siempre estar como en puntas de pie, tratando de ver un poco más allá del horizonte.

Las palabras de esta Enseñanza pueden parecer exageradas, teóricas o utópicas. Y puede ser que sea así. Es que para vivir la renuncia hay que tener la osadía de ir más allá de lo transitorio, ver aquello que, si bien es evidente, se mantiene cubierto por el egoísmo y la ignorancia. Hay que tener la capacidad y el valor del niño que gritó que el rey estaba desnudo, delante del pueblo obsecuente que, por la presión del qué dirán o por temor, alababa ropa inexistente.